

En AGUSTÍN SALVIA, *Deudas Sociales en la Argentina Posreformas*. Buenos Aires (Argentina): BIBLOS.

Mercado de trabajo y condicionamiento por color de piel en grandes centros urbanos de la argentina.

Salvia, Agustín y De Grande, Pablo.

Cita:

Salvia, Agustín y De Grande, Pablo (2011). *Mercado de trabajo y condicionamiento por color de piel en grandes centros urbanos de la argentina*. En AGUSTÍN SALVIA *Deudas Sociales en la Argentina Posreformas*. Buenos Aires (Argentina): BIBLOS.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/136>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnKz/qe9>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mercado de trabajo y condicionamiento por color de piel en grandes centros urbanos de la Argentina

Pablo De Grande (UCA) – pablodg@gmail.com

Agustín Salvia (CONICET-UCA) – agustin_salvia@uca.edu.ar

Introducción

Si bien hay un sinnúmero de estudios que describen la problemática de la desigualdad por discriminación racial¹ en los EE.UU., América Latina y Europa, la tradición en la Argentina en materia de desigualdad se ha orientado a estudiar primordialmente las diferencias originadas en cuestiones de clase social –y eventualmente de género– dejando menos estudiada la relevancia del anclaje étnico–fenotípico de la estratificación social, así como los efectos de la misma. De ahí que este trabajo aborde el tema de la discriminación por color de piel como un problema social no suficientemente visibilizado; en particular sobre aquellas poblaciones cuyo aspecto físico da cuenta de un origen indígena o mestizo con independencia a su identidad en términos educativos, simbólicos o culturales.

Retomar esta preocupación no implica, sin embargo, negar los resultados conocidos sobre los funcionamientos de exclusión por clase social². Se trata por el contrario de introducir nuevos elementos que permitan entender el modo en que ambos fenómenos interactúan con formas de desigualdad cada vez más estructurales como las que atraviesa a la sociedad argentina (Salvia, 2009). Este problema de fondo motiva a preguntarse, más específicamente, sobre la posibilidad de dar cuenta de manera fehaciente del fenómeno en términos de la “racialización

¹ Se coincide con Margulis en considerar que “la raza no existe en el plano biológico, pero sí en el lenguaje: es un concepto desarrollado históricamente para dar cuenta de la tendencia social, económica y política dirigida a inferiorizar y estigmatizar a determinados grupos”. En la actualidad, da cuenta el autor del hecho de que “[el concepto de raza] ha sido abandonada (sic) como estrategia política por los propios grupos racistas, que intentan ahora apoyar sus acciones en vocablos y con argumentos menos descalificados” (Margulis et al., 1998: 40-41).

² Sea en sus formas económicas de la posición en el aparato productivo o en el mercado de bienes y servicios, o en sus formas simbólicas de las credenciales educativas, el prestigio estamental y el capital cultural.

de las relaciones de clase” (Margulis et al., 1998: 79), así como sobre el modo en que operan las perspectivas clasistas en las interacciones étnicas o fenotípicas.

El primero de estos mecanismos (la racialización de las relaciones de clase) se proyecta en todas aquellas pautas por las cuales la restricción desigual para el acceso a capitales (económico, cultural, educativo, social) se justifica en principios racistas de prejuicios basados en aspecto o en criterios de selección inapropiados para el ámbito en cuestión. Estos casos abarcan desde la exclusión abierta de chicos en escuelas en virtud de su color de piel o situación social de residencia³, a la segregación de empleos mejor pagos por aspecto físico, o a la desconfianza sistemática sobre aquellos que presenten ciertos rasgos visibles. Este prejuicio negativo –la caracterización del desviado, del ladrón, etc., como aquel con rasgos indígenas o mestizos– facilita y legitima la clausura sobre estos grupos y es tan antigua como la formación del Estado Nacional⁴. La lucha por la reproducción de la desigualdad aprovecha en estos casos la legitimidad de discursos racistas para mantener alejados a quienes menos tienen de pretensiones igualitaristas.

El segundo sentido de la relación (las perspectivas clasistas de las interacciones étnicas o meramente fenotípicas) se pone en juego provocando una asimilación de los atributos de aspecto con localizaciones de clase. Todos los rasgos negativos imputados a los pobres o a las personas con menos capital en cualquiera de sus formas se trasladan al grupo desfavorecido en la jerarquización étnica/fenotípica. De este modo, con independencia a la disponibilidad efectiva de capital, se presume la carencia de recursos para aquellas personas principalmente con color de piel más oscura.

De acuerdo con la perspectiva abordada en este trabajo, la puesta en escena de este doble mecanismo traslada al aspecto corporal prejuicios construidos sobre las personas de menores

³ En relación a las inscripciones “a medida que [las madres] se alejan de la zona villera, comienzan a recibir como respuesta “no hay vacante”, “no hay lugar”, “vení a la tarde”. Porque en el turno mañana la escuela es más selectiva, casi elitista. Si tiene que aceptar chicos de la Villa o de barrios más pobres, prefieren destinarlos al turno tarde.” (entrevista a docente, en Margulis y Lewin, 1999:206)

⁴ La preferencia por lo europeo, y en particular por lo sajón, es muy visible en textos de Sarmiento (y de igual forma en textos de Alberdi) tal como aparecen en el Facundo al decir “por lo demás, de la fusión de estas tres familias [españoles, indígenas y negros] ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual” (Sarmiento, 1969:27).

recursos (pobres), a la vez que excluye a quienes los padecen de poder mejorar su posición social a través de la movilidad socio-ocupacional.

De la invisibilidad al ocultamiento

La discriminación por color de piel resulta de difícil reconocimiento y tratamiento debido, en buena medida, a la asimilación contradictoria que hay en el sentido común –rastreadas a los inicios de la conformación social de la Argentina– con el racismo y con el lugar subalterno dado a los pueblos americanos. Esta desvalorización de lo local se ha trasladado de lo indígena a lo latinoamericano, particularmente sobre personas de países limítrofes llegadas al país en condición de inmigrantes o de personas del interior con tez oscura. Esta configuración ambigua, de país organizado como ‘crisol de razas’ pero con devoción por lo europeo⁵ –en particular por lo sajón (Zarini, 2004:437)– se cristaliza en la dicotomía sarmientina de ‘civilización o barbarie’ que ha dejado una sociedad atravesada por clivajes raciales y étnicos difíciles de conciliar con principios universalistas e inserta en la cultura local un “racismo importado” (Villalpando, 2005: 51).

Asimismo, la idea de que en la Argentina ‘no se discrimina’, asumiéndose como un país plural y ajeno a los nacionalismos europeos, contrasta desde hace tiempo con las condiciones de vida que experimentan los inmigrantes de países limítrofes y de zonas rurales nacionales que llegan a los centros urbanos, dando cuenta de una disparidad de posibilidades que entrecruzan las distancias de clase social con la legitimación de la desigualdad en bases étnicas o de origen.

De esta forma, es posible reconocer el uso de categorías intercambiables sobre las cuales se imputan atributos negativos a un conjunto numeroso de personas identificables como no blancos, a los que se atribuyen los defectos de no ser cultos, no ser educados, no darse al trabajo, o de ser peligroso. Esta modalidad aparece en forma frecuente en las más variadas explicaciones cotidianas, sin que parezca requerir de justificación alguna. Los mecanismos de diferenciación evocan y provocan una relación en que lo frecuente –la segregación a menores garantías y oportunidades– se vuelve constitutivo, inherente al fenómeno, reforzando así la

⁵ La Constitución Nacional Argentina, desde la versión de 1853 hasta la versión vigente tras las reformas en 1994, indica en el Art. 25: “El Gobierno federal fomentará la inmigración europea”. (http://www.argentina.gov.ar/argentina/portal/documentos/constitucion_nacional.pdf).

segregación operante en términos de construcción de expectativas, normalidad y pautas de legitimidad.

Antecedentes

En el país son escasas las investigaciones que permiten dar cuenta en forma empírica del problema de la discriminación por aspecto hacia rasgos indígenas, mestizos o mulatos. Esto dificulta la posibilidad de enmarcar en términos de magnitud las desventajas a las que deben enfrentarse quienes son destinatarios de este grupo de estigmas y prejuicios culturales.

Un notable aporte contra este vacío lo constituyen las investigaciones llevadas adelante entre los años 1995 y 1999 por Mario Margulis y Marcelo Urresti. Su labor abordó la temática por medio de relevamientos de noticias en medios, documentos históricos y entrevistas en el área del Gran Buenos Aires (Margulis et al., 1999). Los resultados de esta investigación describen el complejo escenario en el cual la discriminación por fenotipo o nacionalidad inserta en forma velada la vigencia de los prejuicios y mecanismos de discriminación racial y cultural nacionales. En este marco, los autores refuerzan la importancia del carácter oculto de este proceso, por el cual discriminadores y discriminados buscan escapar a ser clasificados como tales, alternando con frecuencia entre uno y otro papel.

Cabe mencionar también las recientes iniciativas del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI). Este organismo estatal emprendió en la última década dos iniciativas de amplio alcance en términos de relevamiento del estado de la discriminación. Por una parte, el Plan Nacional contra la Discriminación (2003-2005) (Villalpando, 2005) buscó realizar un diagnóstico de nivel nacional sobre aspectos vinculados a la desigualdad. La metodología utilizada para el informe fue principalmente histórica, reseñando la situación y desarrollo en el país de cada colectivo afectado (corrientes migratorias, leyes y normativas), y en menor medida un trabajo de campo con entrevistas. A partir de esto, se realizó un informe sobre los ejes definidos (tales que discriminación etaria, étnica/nacional, de género). La discriminación por color de piel no se abordó en forma directa, definiéndose un eje transversal de ‘racismo’ en sentido amplio y pudiéndose enmarcar algunas de las consideraciones hechas para ciertas áreas (‘pueblos originarios’, ‘afrodescendientes’ y ‘colectividades latinoamericanas’) como relevantes a la problemática. Sin embargo, el informe no señala respecto a la persistencia o incidencia de este fenómeno un estado de la cuestión a nivel nacional ya sea en términos de difusión o gravedad.

La segunda iniciativa, el proyecto ‘Mapa de la discriminación en Argentina’, fue llevada adelante por el INADI a partir del año 2005. Sobre una estrategia de encuestas, buscó realizar una medición representativa por provincia de la relevancia de cada tipo de discriminación. Para esto, interrogó a adultos en cada región, aplicando un cuestionario sobre percepción de discriminación. En este sentido, el relevamiento captó la discriminación entendida exclusivamente como discriminación a criterio de los encuestados. Dentro de las 14 formas de discriminación consideradas se encontraba, en efecto, ‘por color de piel’. Cabe en este sentido señalar, con independencia a los resultados obtenidos, las debilidades del abordaje utilizado. La estrategia de autoidentificación del carácter de discriminado (propia o del grupo) altera la medición en función de la legitimidad del prejuicio ejercido así como de la capacidad del grupo para responder a éste. Asimismo, presenta la dificultad de trasladar a las víctimas la responsabilidad de ponderar y contabilizar los efectos de los mecanismos de desigualdad investigados.

Otra aproximación al tema de la multiculturalidad y la integración desde las estadísticas oficiales lo constituyó la incorporación en el Censo Nacional de Hogares, Población y Viviendas de 2001 de un ítem vinculado a la auto-identificación respecto a ser descendiente de pueblos indígenas⁶. El objetivo de esta pregunta fue “localizar indígenas en el hogar como paso previo a un estudio en profundidad” (CEPAL 2005:256). Este ítem, sin embargo, no produjo información útil en términos de medir la situación de personas según condiciones de segregación por fenotipo (o para los actores, por factores raciales). El mismo indicó en forma positiva a un 2,8% de los hogares relevados. Esta medición por adscripción a etnias ancestrales no permite afirmar que sea sólo esa la cantidad de personas que enfrenta dificultades por ser caracterizada por el resto de la sociedad en forma despectiva por portar rasgos característicos de un grupo aborígen de la región, o simplemente por su piel oscura.

Este tipo de abordaje ya había presentado problemas similares –de subregistro de la diversidad– en censos previos en Chile (Valdés 2004). En 1992 se incorporó un ítem sobre la adscripción cultural⁷ (Mapuche, Aymara, Rapa Nui), que luego fue modificado en 2002,

⁶ La pregunta en Argentina en 2001 fue: “¿Existe en este hogar alguna personas que se reconozca descendiente o pertenencia a un pueblo indígena?” (Munilla y Goldztein, 2005:3).

⁷ En 1992, en Chile, la pregunta fue: “Si usted es Chileno, ¿se considera perteneciente a alguna de las siguientes culturas?” (Valdés, 1994:415).

refiriéndose a la pertenencia a un pueblo originario⁸, sin permitir en ninguno de ambos casos poder estimar el impacto en la desigualdad ligados al trato diferente por adscripción étnica o aspecto física en las poblaciones objetivo.

En el caso de Colombia, el Censo de 1993 intentó por su parte captar la participación de población indígena y afrocolombiana en el país por medio de la pertenencia a una etnia⁹. Dicha medición arrojó como resultado que “las etnias indígenas representan el 1,6% de la población total del país y las comunidades negras el 1,5%, mientras en Bogotá, Cali y Medellín, como en la mayoría de las ciudades importantes del país, estos dígitos son inferiores al 0,2% para cada una de las poblaciones” (Barbary, 2002:82). Estos datos, que contrastaban con la percepción directa de los rasgos de población de cualquiera de estas ciudades, dieron lugar a diferentes estrategias de medición experimentales entre el 1994 y el 2003 que oscilaron, según la forma en que fuera formulado el ítem, las mediciones de población negra entre 0,9% y 42,6% (Sánchez y García, 2006: 14).

En la ciudad de Cali se realizó en 1998, en forma independiente al organismo nacional de estadísticas, la encuesta “Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombiana”. En ella, junto al análisis de las condiciones de vida de la población encuestada, se aplicaron diferentes ítems dirigidos a captar interacciones y condiciones fenotípicas tanto de los encuestados como de los encuestadores. En esta encuesta, los encuestadores formulaban la pregunta “¿Cuál es su color de piel?” (Barbary et al., 2002:116), registrando además ellos mismos su propio color de piel y el del encuestado a su criterio¹⁰.

En términos generales, cabe señalar que no existe en la Argentina relevamientos equivalentes del color de piel de la población para comprender las condiciones socioeconómicas o de otras

⁸ “¿Pertenece Ud. a alguno de los siguientes pueblos originarios o indígenas?” (Valdés, 1994:415).

⁹ En 1993, en Colombia, la pregunta fue: “¿Pertenece usted a alguna etnia, grupo indígena o comunidad negra? ¿A cuál?” (Baraby y Urrea, 2002:116).

¹⁰ Barbary, en este sentido, destaca la necesidad de afrontar para el seguimiento de las condiciones de vida de grupos históricamente discriminados por razones fenotípicas la perspectiva de medir a partir del mismo criterio por el que son segregados: “el error analítico y metodológico que comete este tipo de acercamiento es intentar eliminar la dimensión racial –la apariencia física que como vimos antes tiene un peso específico en la construcción social de las diferencias-, en provecho de la dimensión étnica o cultural; es decir, a nuestro criterio, caer en una especie de reduccionismo cultural.” (Baraby y Urrea, 2004:61). Este autor consiga también que en Brasil, donde las categorías ‘raciales’ en la mediciones se remontan a 120 años, el Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística (IBGE) las ha mantenido e investigadores y activistas las han defendido en numerosos ocasiones como la única forma estadística de captar la desigualdad social-racial en ese país (Baraby y Urrea, 2004:60).

condiciones de vida según este factor. Esta omisión por parte de estadísticas de organismos públicas es problemática, e impide descartar o confirmar la relevancia de este fenómeno en instancias de acceso a servicios básicos como la educación, la salud o el empleo¹¹.

El color de piel como condicionante social

Trabajar el color de piel como variable de medición cuantitativa es a priori una tarea incómoda en términos de contexto cultural e histórico, en virtud de que la idea de raza y de clasificación por color de piel han sido desplazados al lugar de un tabú entre los discursos oficiales de organizaciones, partidos y Estados en la segunda mitad del siglo XX. A la luz de las dramáticas consecuencias que las políticas y persecuciones basadas en principio racistas tuvieron en Europa antes y durante la expansión del fascismo y del nazismo (pero también del consenso occidental preexistente sobre la vigencia de una jerarquía de razas que se remonta y apoyara el proceso de colonización (entendida como despoblación de América y repoblación de América)), los razonamientos que tomaran por fundamento el concepto de raza fueron dejados de lado, y con frecuencia prohibidos, en las décadas posteriores a estos sucesos.

Sin embargo, esta remoción conceptual no siempre fue acompañada (tanto aquí como en Europa) de un cambio profundo en las creencias y explicaciones del imaginario social. A través de comentarios y acciones de la dirigencia en la Argentina, tanto en la política¹² como de otros ámbitos¹³, es fácil y cotidiano dar con la impronta de la matriz que por religión, pertenencia a un colectivo, o mero aspecto de color de piel, coloca en un lugar desvalorizado

¹¹ La opción de recurrir a datos comparables de estudios regionales tampoco fue un camino posible. Entre los años 1999 y 2000, por ejemplo, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) realizó en varios países de América la encuesta sobre 'SABE' sobre Salud, Bienestar y Envejecimiento (Palloni y Peláez, 2004). Esta encuesta fue realizada en las ciudades de Buenos Aires, Bridgetown (Barbados), La Habana, México DF, Montevideo, Santiago de Chile y San Pablo a 10.587 personas de más de 60 años. Para la identificación de los sujetos una de las categorías fue 'etnia', en las que se incluyeron las categorías Blanco, Mestizo, Mulato, Negro, Indígena, Asiático, Otro, No sabe y No response. En la referencia del manual de uso de la misma se detalla que para Buenos Aires y Ciudad de México esta pregunta no fue realizada (OPS, 2004:20).

¹² Relata Margulis: "[El de 12 de noviembre de 1996, Clarín publica:] 'Por iniciativa del ministro de educación [de la Provincia de Chubut], en mayo se firmó un decreto estableciendo la creación de uno o dos grados por colegio, los cuales, con independencia de la edad de los chicos, deben reunir a los que tengan debilidades mentales leves, o que vivan en barrios marginados, o que sean hijos de aborígenes, desocupados, extranjeros o analfabetos, o que hayan tenidos fracasos escolares'" (Margulis et al.,1996:32)

¹³ En el año 2003 Julio Grondona, el ya entonces (y actual) titular de la Asociación de Fútbol Argentino, al preguntársele por qué no había árbitros de origen judío en la asociación que dirigía, respondió "los judíos no llegan a ser árbitros de Primera División en el Fútbol Argentino porque el mundo del fútbol es algo difícil, trabajoso" agregando que "a los judíos no les gustan las cosas difíciles" (InfoBae, 2003).

a grandes grupos de personas. En este sentido, la publicidad estatal nunca acierta a colocar a chicos o adultos con rasgos indígenas en ninguna situación que no sea recibiendo un subsidio a la pobreza, un plan de viviendas gratuitas o la inauguración de una escuela rural, al tiempo que los actos oficiales así como los mensajes a personas con ingresos y derechos plenos (como la publicidad de créditos hipotecarios de banco estatales, las promociones de fomento de regularización del personal doméstico, los pequeños empresarios interpelados para el pago de impuestos con facilidades) presentan interlocutores con rasgos que realizan el ideal del ‘argentino blanco’.

Como consecuencia de la cancelación discursiva de lo racial del discurso políticamente correcto, existe un reflejo a silenciar las referencias al color de piel en guardia de una realidad a construir donde el mismo no es un tema ni un criterio de segregación. Esta investigación, sin embargo, parte de la intención de poner estos supuestos en suspenso, para poder evaluar el grado de verosimilitud de los mismos, en términos de dar cuenta de la relevancia o irrelevancia de los efectos mensurables de la discriminación por aspecto en los términos mencionados.

Las oportunidades sociales de empleo

La situación socio-ocupacional de las personas tiene en este trabajo un lugar central. Esto es así debido a que la capacidad de los sujetos de insertarse en el mercado de trabajo, así como los modos en que dicha inserción se realiza, tienen un gran impacto en la vida cotidiana de los mismos. El mercado de trabajo, como fuente típica principal de ingreso monetario, opera como sistema de premios y castigos del esfuerzo socialmente orientado a asegurar la subsistencia individual. Asimismo, la centralidad de esta función se encuentra reforzada por diversos mecanismos legales que colocan al trabajo como mediador de servicios y facilidades reguladas por el Estado, tales que la cobertura de salud, la jubilación, la obtención de asignaciones familiares o el acceso a créditos.

De esta forma, el trato desigual en el mundo laboral impacta no solamente en las trayectorias profesionales individuales, sino que se ramifica en el amplio espectro de factores controlados o alterados por el acceso al dinero o a condiciones de registración laborales específicas (antigüedad en el empleo para acceso a créditos, años de aporte para acceso a jubilación, etc.). Por consiguiente, se considera en esta investigación relevante tanto la posibilidad de acceder a

fuentes de trabajo como la calidad del mismo, siendo ambos factores decisivos en la posibilidad de realización personal.

Ahora bien, varias son las dimensiones que pueden incidir en las trayectorias laborales individuales. En este sentido, la situación ocupacional es un vector multidimensional, de los cuales pueden mencionarse como ejemplos de sus componentes el nivel horario de ocupación, el grado de formalidad (del sector y del puesto), el nivel de remuneración, el grado de estabilidad, entre otros. Respecto a las variables condicionantes de la situación ocupacional, los resultados que se presentan en este trabajo se apoyan en una selección de factores de conocida relevancia en las chances de ciertos tipos de inserción laboral. En este sentido, la edad, el sexo y la educación son factores típicos en la predicción de la calidad de la localización en el mercado de trabajo.

El modelo de análisis

A continuación se detallan los indicadores que serán considerados tanto para describir la calidad de la ocupación como para establecer la ubicación en términos de estructura social de cada entrevistado:

Independientes

- 1) Edad: la medida de cantidad de años de la persona opera sobre la situación ocupacional dando cuenta del momento en el ciclo de vida y de trayectoria profesional de cada sujeto. En este sentido, esta medida evidencia con frecuencia tanto las dificultades de los jóvenes para integrarse al mercado por su menor experiencia y número de contactos, como las de aquellas personas mayores que son relegadas ya sea por poseer saberes considerados obsoletos o por su mayor capacidad de respuesta ante procesos de flexibilización o empeoramiento de las condiciones de trabajo.
- 2) Sexo: la distinción entre varones y mujeres toma en cuenta por una parte la complejidad de profesiones y oficios que típicamente se distribuyen por sexo. Además, el hecho de que incluso en profesiones mixtas las condiciones de contratación se encuentren con frecuencia alteradas por género hace relevante controlar por esta dimensión la situación laboral de los sujetos observados.

- 3) Educación: se utiliza la medida de máximo nivel de instrucción formal alcanzado como un indicador del campo más amplio de las habilidades y saberes que la persona puede poseer y desplegar en un escenario laboral. Si bien tanto las teorías del capital humano como el concepto de capital cultural exceden el proceso de educación formal, la máxima instancia educativa alcanzada por la persona da una medida indirecta de estas dimensiones que tiene la propiedad de ser comparable a lo largo de la muestra y confiable en su medición (independientemente del estado ocupacional, la rama de actividad u oficio). En el análisis estadístico la misma será reflejada en tres niveles educativos ordinales: bajo (primaria completa o menos), medio (secundaria completa o incompleta) y alto (universitario o terciario, completo o incompleto).
- 4) Color de piel: como se indicó anteriormente, la captación de rasgos fenotípicos para la medición del impacto de la discriminación por aspecto es algo complejo que puede abarcar criterios muy diversos y flexibles, especialmente considerando que para la evaluación de la discriminación por prejuicios sobre aspectos visibles el criterio relevante en última instancia es el aspecto en términos de categorías socialmente pautadas, y no el color de piel en términos cromáticos objetivos. Dentro de este ámbito –de las categorías socialmente construidas y subjetivamente utilizadas– el trabajo de campo permitía la utilización de dos criterios categoriales: el del encuestado y el del encuestador. En el caso de esta investigación se eligió la segunda de estas opciones, aceptando una varianza entre encuestadores pero reduciendo la misma entre casos¹⁴. En términos de categorías, se decidió relevar el color de piel en 6 categorías: “blanco”, “morocho (ej. mestizo)”, “indígena o aindiado”, “oriental (ej. chino, coreano)”, “negro o mulato” y “otro”. En el presente análisis las mismas han sido reclasificadas en dos valores: blanco (para la primera) y no-blanco (para las restantes). Esta clasificación fue hecha considerando la existencia de una segregación por aspectos visibles que jerarquiza colocando en un lugar

¹⁴ Asimismo, es difícil dejar de considerar que en un campo social en el que identificar a un sujeto como ‘mestizo’, ‘mulato’, ‘indio’ o ‘negro’ es visto como una disminución de su identidad, es esperable que la modalidad de captación utilizada para el dato de color de piel (es decir, como color de piel observado) refleje al menos parcialmente la carga valorativa de los encuestadores; esto es, que siendo ellos parte de la trama en la cual el color de piel blanco es más valorado, resulta posible que se produzca en la información algún nivel de subregistro de personas ‘no-blancas’ para los casos que hayan resultado ambiguos o problemáticos de identificar al encuestador y en los cuales haya decidido ‘solidarizarse’ con el encuestado clasificándolo como ‘blanco’.

subalterno todo aquello que se aleja del ideal blanco/europeo, evaluando en forma agrupada los prejuicios sobre el conjunto de grupos no-blancos.

Dependientes

- 1) Desempleo: este indicador distingue la proporción de personas que a pesar de estar buscando trabajo no lo consiguen (respecto del total de personas económicamente activas, es decir, que trabajan o buscan trabajo). En términos de proceso, el desempleo puede implicar para las personas no sólo un mayor nivel de gastos y de esfuerzos en las búsquedas necesarias para insertarse en el mercado, sino también –en caso de prolongarse– un impacto negativo en las condiciones de los trabajos obtenidos debido a una baja progresiva en las exigencias y expectativas de la personas desocupada respecto del próximo empleo u ocupación.
- 2) Formalidad (aportes jubilatorios): dentro de quienes disponen de un empleo u ocupación, se interroga a los sujetos si hacen o le realizan aportes jubilatorios. Esta medida permite registrar de manera indirecta el nivel de formalidad de la relación o inserción laboral. En términos generales, un mayor nivel de formalidad de la actividad suele estar asociado a mayores niveles de estabilidad laboral, unido también a garantías relacionadas al trabajo registrado, tales que derecho a indemnización, cobertura de salud, asignaciones familiares, etc.
- 3) Ingresos: la medida de ingresos complementa la mirada de la calidad de la ocupación, y se basa en la cantidad declarada de ingresos laborales mensuales de la persona. Cabe señalar que la medida de ingresos suele ser cuestionada tanto por la dificultad que las personas pueden tener para totalizar sus ingresos mensuales en el caso de tener varias fuentes de trabajo como por la reticencia que pueda existir a compartir los niveles de ingresos altos en una encuesta de hogares. Sin embargo, a los fines de distinguir resultados por color de piel, resulta razonable suponer que el nivel de subregistración o imprecisión cognitiva con que pueda cargar esta medida no esté en interacción con la variable de interés (color de piel), sin que sea de interés a este estudio utilizarla para estimar niveles monetarios de gastos o elementos que puedan requerir mayor precisión sobre el monto real efectivizado de dinero por persona mensual o anualmente.

Muestra

Los casos en los que se basa este estudio corresponden a la muestra de la Encuesta de la Deuda Social Argentina en su edición del año 2007. Esta encuesta mide anualmente desde el año 2004 indicadores de desarrollo humano en grandes centros urbanos de la Argentina, estando constituida en la edición utilizada por 2.517 adultos. La metodología de selección de los casos se basa en un procedimiento de muestreo estratificado aplicado en 9 centros urbanos: Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Mendoza, Gran Salta, Gran Resistencia, Bahía Blanca, Neuquén-Plottier-Cipolletti, Gran Rosario y Gran Paraná.

En cada uno de ellos se segmentaron los radios (unidades censales) por criterios socioeducativos, seleccionándose puntos muestrales en cantidades proporcionales a las poblaciones de los estratos identificados representando a la totalidad de la población de cada centro urbano. La encuesta fue aplicada en forma presencial, con visitas en los hogares y selección por cuotas aleatorizadas de los individuos adultos entrevistados.

Hipótesis

En términos de hipótesis –y de aporte a las discusiones de la desigualdad– este trabajo busca poner en duda la pretensión de que las diferencias observables por color de piel son asimilables (explicables) por diferencias de clase social (en términos económicos o culturales). Esto es, dicho sencillamente, responder a la pregunta: ¿para qué reparar en su color de piel si sabemos que su problema es que es pobre?”.

Desde esta perspectiva, podría ser una mera casualidad¹⁵ que haya más blancos entre los ricos y menos entre los pobres, o más blancos entre los universitarios y menos entre quienes no acceden a niveles de instrucción superior. Este razonamiento es concomitante con la idea de que en el país ‘no hay racismo’ (o no en un grado relevante), y que a igualdad de condiciones materiales no hay dificultades según el color de piel para desenvolverse en la sociedad.

Para evaluar la viabilidad empírica de este razonamiento, se plantean hipótesis para cada de las subdimensiones estudiadas:

¹⁵ O a un desarrollo histórico desigual preexistente, olvidando que los inmigrantes blancos que llegaron de Europa lo hicieron muchas veces con capitales económicos, humanos y culturales igualmente precarios que aquellos de quienes emigran hacia las grandes ciudades desde zonas rurales del interior o de otros países de América.

- 1) Desocupación: sobre la capacidad de las personas de encontrar trabajo, será considerado el nivel de desempleo entre personas identificadas con color de piel blanca en relación al resto. En este sentido, se observará la hipótesis de que a diferente color de piel se enfrentan chances desiguales de conseguir trabajo y salir del desempleo (manteniendo controladas la edad, el sexo y el nivel educativo).
- 2) Afiliación a la Seguridad Social (aportes jubilatorios): en términos del nivel de registración, se evaluará la hipótesis de que el color de piel opera como factor que reduce las chances de conseguir un empleo u ocupación registrada (fijadas iguales condiciones de edad, sexo y nivel educativo). El indicador utilizado para medir el grado de registración será la realización de aportes jubilatorios al Sistema de Seguridad Social (sea trabajador asalariado o no asalariado).
- 3) Ingresos: de igual modo, la calidad de la inserción será considerada en función de los ingresos monetarios que produce. La hipótesis, en igual sentido que las anteriores, sostiene que el color de piel opera como condicionante para acceder a trabajos mejor remunerados, es decir, que independientemente de la edad, el sexo y el nivel educativo, el aspecto incide en la determinación del salario o ingreso obtenidos.

El análisis de los datos (primera parte)

El nivel de desocupación, considerado como la proporción sobre el total de personas que desea trabajar y que –buscando hacerlo– no lo logra, facilita una primera aproximación a la situación laboral de un contexto o grupo. Si bien dado un conjunto de personas ocupadas cabe preguntarse de qué modo está trabajando –en qué nivel de sobreocupación horaria, con qué nivel de ingresos, en qué condiciones de rotación laboral o de seguridad previsional– el hecho mismo de conseguir trabajo constituye un paso necesario para estas consideraciones.

Asimismo, es conocido que el nivel de logros en la inserción ocupacional varía según el contexto macroeconómico y que lo hace de modo diferenciado para cada grupo que participa del mercado. En este sentido, una crisis que desaliente a los jóvenes a buscar empleo puede verse poco reflejada en los niveles de desempleo de este grupo (si bajara el empleo pero también la decisión de buscar). Sin embargo, en igual coyuntura, las mujeres que salen a buscar empleo como segundo sostén del hogar pueden marcar alzas en el nivel de desempleo, incluso si su participación en el mercado aumentara en términos absolutos.

Debido a este tipo de mecanismos, la relación entre edad –como indicador de localización en el ciclo de vida–, sexo y mercado de trabajo es compleja. De igual forma, la educación formal de cada individuo supone chances desiguales de inserción, de modo que según profesiones, según grado de calificación y según sector de actividad, individuos desigualmente instruidos son afectados en forma desigual por los contextos y variaciones en el mercado de trabajo. En términos generales, sin embargo, puede afirmarse que es esperable que aquellas personas que hayan logrado mayores niveles de instrucción formal tengan mayores chances de conseguir mejores empleos, sufrir menos la falta de trabajo, poder acceder a puestos más estables, con mayor nivel de cobertura de la seguridad social, y por último, de mejor ingreso.

Considerando estos datos, es de interés para este trabajo dar cuenta de cómo estos factores de condicionamiento estructural se articulan con los efectos de la segregación por color de piel. En este sentido, dentro de cada escenario laboral –trabajo juvenil, inserción femenina, etc.– cabe preguntarse si opera la discriminación por aspecto y en qué medida.

En la Figura 1 puede verse que hacia mitad de 2007 se registra en la muestra un nivel de desempleo de 9,6%. Considerado por sexo, el desempleo entre las mujeres supera en algo más que tres veces el desempleo masculino (16% en las mujeres y 5,1% en los hombres), siendo levemente más altos los niveles de desempleo tanto en varones como en mujeres para el grupo caracterizado como ‘no blancos’. También es superior el desempleo entre ‘no blancos’ observado por edad, existiendo la mayor diferencia entre los jóvenes, donde el desempleo llega al 20,4% (4,1 puntos porcentuales superior al desempleo entre los jóvenes blancos). Observado por nivel educativo, el desempleo entre blancos oscila entre 8,1% y 10,3%, teniendo una mayor magnitud entre no blancos, donde oscila entre 8,7% y 14,7% según nivel educativo.

Figura 1. Porcentaje de desocupación por edad, sexo y educación según color de piel. Año 2007. n=1743.

	Edad ¹			Sexo		Educación ²			Total
	Jóvenes	Adultos	Mayores	Varón	Mujer	Baja	Media	Alta	
Blancos	16,3	3,7	2,8	4,3	15,4	8,5	10,3	8,1	9,1
No blancos	20,4	4,6	4,2	6,7	17,7	8,7	12,2	14,7	10,8
Diferencia ³	4,1	0,9	1,4	2,4	2,3	0,2	1,9	6,6	1,7
Total	17,4	4,0	3,3	5,1	16,0	8,6	10,8	9,0	9,6

¹: Edad en grupos: Jóvenes: 18 a 35 años; Adultos: 36 a 56 años; Mayores: 57 y más.

²: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

³: Diferencia en puntos porcentuales.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

De esta forma, puede verse que en términos de empleabilidad si bien no se observan diferencias de importancia por color de piel en la población general, sí existen marcadas diferencias al observarse ciertos grupos, tales que aquellos con nivel universitario, o personas jóvenes. En este sentido, mientras que una educación alta se asocia a un bajo nivel de desempleo entre los blancos, no opera de igual forma entre personas identificadas como ‘no blancos’, para quienes la mayor educación no garantiza un nivel bajo de desempleo. Esta distancia da cuenta de las dificultades encontradas para quien no es blanco de insertarse en el mercado laboral, especialmente luego de haber logrado, o de estar gestionando, credenciales educativas de rango terciario o universitario.

Como se comentó anteriormente, conseguir trabajo es un paso dentro de las diferentes alternativas que pueden darse en una trayectoria laboral. Si bien salir de la desocupación conlleva ventajas respecto a seguir en ella (un ingreso, posibilidad de ascensos internos, posible integración al sistema previsional), no es un proceso libre de matices. En este sentido, en el mercado laboral argentino continúa en la actualidad resultando pertinente la distinción entre inserción “formal” e “informal”. Sin pretensión de construir una definición que dé cuenta de la complejidad de estos dos términos –tarea que excede el alcance de este texto– se alude aquí a la vigencia solamente parcial que han logrado los derechos laborales constitucionalmente normados y gremialmente gestionados. Esta situación de desprotección se cristaliza, para quienes se encuentran en ocupaciones no formales o no registradas, en la falta de cobertura a derechos sociales básicos tales que el acceso a una jubilación, a vacaciones pagas o a cobertura médica. Este es el caso de quienes se insertan al mercado de trabajo en situación de empleos ‘en negro’ en pequeñas empresas, o bajo formas de

contratación flexibles o semilegales en empresas medias o grandes, o en changas y oficios precarios que van desde la venta ambulante a tareas informalmente remuneradas o a emprendimientos profesionales o como pequeños comercios no registrados.

En la Figura 2, se observa como indicador de la calidad de la inserción el nivel de cobertura del Sistema de la Seguridad Social sobre la población ocupada. La misma alcanza aproximadamente a la mitad de la misma (53,5%), siendo en términos generales mayor la cobertura entre blancos que en el resto de la población (58,7% en los primeros, 41% en los últimos). En términos de edad, las menores distancias por color de piel se dan entre los jóvenes, donde el nivel de registración es bajo independientemente del mismo, aumentando la cobertura jubilatoria para los blancos en las edades mayores y disminuyendo para la población no blanca. En la distinción por sexo, ambas categorías muestran valores superiores de registración en los blancos (en 20,8 y 13,7 ppt.). En la distinción por nivel educativo, se produce una polarización de la registración hacia los niveles altos, presente en los trabajadores blancos pero aún más marcada en la población no blanca (donde sólo aquellos con educación alta logran una registración mayor al 40% con un valor de 82,2%).

Figura 2. Porcentaje de ocupados que realizan aportes jubilatorios por edad, sexo y educación según color de piel. Año 2007. n=1575.

	Edad ¹			Sexo		Educación ²			Total
	Jóvenes	Adultos	Mayores	Varón	Mujer	Baja	Media	Alta	
Blancos	49,9	66,5	58,8	63,5	51,5	35,1	56,8	73,9	58,7
No blancos	44,6	39,7	37,7	42,7	37,8	32,1	39,1	82,2	41,0
Diferencia ³	-5,3	-26,8	-21,1	-20,8	-13,7	-3,0	-17,7	8,3	-17,7
Total	48,5	58,5	51,3	56,9	47,9	33,6	52,4	75,0	53,5

¹: Edad en grupos: Jóvenes: 18 a 35 años; Adultos: 36 a 56 años; Mayores: 57 y más.

²: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

³: Diferencia en puntos porcentuales.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

La información sobre afiliación a la Seguridad Social por color de piel refuerza las tendencias visibles en la información sobre desocupación: no sólo los jóvenes y los universitarios no logran insertarse con facilidad en el mercado de trabajo si su color de piel no es blanco, si no que al conseguir empleos u ocupaciones las personas no blancas deben aceptar con más frecuencia que los blancos condiciones que los excluyen de derechos básicos como ser tenidos en cuenta por el sistema previsional. En este sentido, las franjas intermedias de edad y de educación se ven especialmente afectadas por estas desigualdades, y sólo las personas no blancas con educación universitaria –luego de pasar por el filtro de un alto desempleo– logran acceder a puestos mayoritariamente cubiertos por el sistema previsional. En el caso de los

adultos, mayores, y personas con educación media o baja, se observa cómo el mercado de trabajo opera selectivamente por color de piel reservando ubicaciones menos favorecidas para quienes tienen piel más oscura.

Por último, la información relativa al estado de afiliación a la Seguridad Social alcanzado en la ocupación será complementada con los niveles de ingreso logrados. En tanto la falencia de garantías sociales tales como cobertura de salud, indemnización o beneficios jubilatorios requieren en su mayoría ser cubiertos con erogaciones en dinero adicional por parte de quienes no encuentran estas necesidades cubiertas en sus inserciones laborales, la relación del ingreso con las categorías de análisis permite evaluar la posibilidad de que las mismas sean cubiertas por parte de los ingresos informales.

En la Figura 3 se observan los niveles de ingresos en pesos argentinos indicados para los diferentes grupos observados. En primer lugar, cabe destacar el mayor nivel de ingresos entre los blancos, que a nivel general es un 30% mayor al resto (\$1289 para los blancos, \$980 para el resto). Esta diferencia se acentúa al aumentar la edad de las personas, y es importante señalar que no se reduce al aumentar el nivel educativo. Por el contrario, los ingresos menos diferenciados se encuentran en este sentido en los perfiles de baja educación, donde la mejora para los blancos es de 11% (yendo de \$923 a \$1.024) mientras que con mayor educación los blancos aventajan en un 34% al resto (\$1.604 frente a \$1.199 del resto). La diferencia de ingresos entre sexos muestra su vigencia, pudiendo los varones blancos obtener un ingreso 45% mayor que las mujeres (\$1481 respecto a \$1021). Sin embargo, es notorio que dada esta diferencia, los varones no blancos presenten ingresos cercanos a las mujeres blancas (\$1116), mostrándose un criterio de retraso salarial por color de piel de igual intensidad que aquel de género. En este escenario, claro está, las más perjudicadas son las más mujeres no blancas, con el valor más bajo de ingresos del cuadro (\$746).

Figura 3. Ingresos laborales por edad, sexo y educación según color de piel. Año 2007. n=1043.

	Edad ¹			Sexo		Educación ²			Total
	Jóvenes	Adultos	Mayores	Varón	Mujer	Baja	Media	Alta	
Blancos	1.113	1.430	1.392	1.481	1.021	1.024	1.159	1.604	1.289
No blancos	1.089	958	815	1.116	746	923	989	1.199	980
Diferencia ³	-24	-472	-577	-365	-275	-101	-170	-405	-309
Total	1.106	1.272	1.170	1.356	939	968	1.114	1.546	1.189

¹: Edad en grupos: Jóvenes: 18 a 35 años; Adultos: 36 a 56 años; Mayores: 57 y más.

²: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

³: Diferencia en puntos porcentuales.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

Sin embargo, y como era de esperar, la mayoría de los grupos que encontraban disminuidas sus chances de lograr inserciones registradas también son aquellos que acceden a puestos peor remunerados. De esta forma, los mecanismos de selección y estigmatización por aspecto parecen articularse de modo de provocar más dificultades para conseguir trabajo, menores niveles de registración en los puestos y ocupaciones y peor remuneraciones en los mismos.

El análisis de los datos (segunda parte)

Hasta aquí, la situación del mercado laboral en términos de color de piel muestra la vigencia de situaciones claramente discriminatorias en los términos fenotípicos examinados (blancos/no blancos). Si bien las tres dimensiones exploradas mostraron tendencias particulares, en todos los casos se pudo constatar la presencia de logros de inclusión significativamente más favorables para los grupos blancos. Sin embargo, no es claro todavía que tales consecuencias no estén asociadas a los efectos de correlación que puedan existir con el resto de las variables consideradas como independientes (educación, edad y sexo).

Para despejar este problema, se presentan a continuación los resultados de diferentes modelos de regresión logística que permiten evaluar la influencia de cada una de las variables independientes sobre los indicadores de calidad de las condiciones ocupacionales seleccionadas. Tal ejercicio nos permitirá controlar las posibles correlaciones que puedan existir entre las variables, de modo de ayudar a establecer en qué medida la influencia del color de piel no se encuentra, por ejemplo, condicionada por diferencias en la educación o en la localización en el ciclo de vida.¹⁶

Modelo 1 (Desocupación)

En el primer modelo se realiza una regresión logística evaluando las chances de estar desocupado dentro de la población económicamente activa. La variable dependiente está definida con los valores 0=Ocupado, 1=Desocupado. La variable de educación es considerada en los niveles utilizados anteriormente (alta, media, baja), tomando como categoría de referencia el nivel alto; la edad es considerada en años simples y en años al cuadrado; el sexo

¹⁶ Estos modelos, adicionalmente, fueron controlados por las variable región (aglomerado Gran Buenos Aires vs. Resto) y por la variable de localización residencial (pertenece al cuartil de barrios de mayor nivel socioeconómico), variables que mostraron no ser significativas por lo que no fueron incluidos en los modelos.

es considerado como dicotómica, siendo 1=Varón, 2=Mujer (Figura 4). Según esto, la edad, el sexo y la educación (en menor medida) constituyen predictores significativos de los chances de estar desempleado. En este sentido, mientras que la condición femenina amplía en cuatro veces las probabilidades de estar desocupado (4,026), la edad opera disminuyendo las chances de desempleo en sus niveles intermedios (0,775 para la relación lineal y 1.002 para la relación exponencial).

Figura 4. Modelo de regresión logística: desocupación por sexo, edad y educación. Año 2007. n=1743.

	B	S,E,	Wald	Sig.	Exp(B)
Sexo	1,393	,187	55,223	.000	4.026
Edad (años)	-,254	,034	55,405	.000	.775
Edad * Edad	,002	,000	30,189	.000	1.002
Educación baja	,857	,249	11,828	.001	2.357
Educación media	,316	,212	2,234	.135	1.372
Educación alta ¹			11,928	.003	
Constante	,978	,682	2,057	.152	2.659
-2 Log Likelihood		902,657	Predicción Ocupado		72,6%
Cox & Snell R2		,109	Predicción Descoupado		75,7%
Nagelkerke R2		,232	Predicción General		72,9%

¹: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto. Categoría de comparación: Alta.
Categoría de comparación.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

Figura 5. Modelo de regresión logística: desocupación por sexo, edad, educación y color de piel. Año 2007. n=1743.

	B	S,E,	Wald	Sig.	Exp(B)
Sexo	1,433	,189	57,334	.000	4.191
Edad (años)	-,264	,035	58,213	.000	.768
Edad * Edad	,002	,000	32,661	.000	1.002
Educación baja	,695	,261	7,104	.008	2.003
Educación media	,254	,214	1,408	.235	1.289
Educación alta ¹			7,166	.028	
Color de piel	,448	,200	5,023	.025	1.565
Constante	,578	,704	,675	.411	1.783
-2 Log Likelihood		897,718	Predicción Ocupado		72,1%
Cox & Snell R2		,111	Predicción Descoupado		80,3%
Nagelkerke R2		,237	Predicción General		72,9%

¹: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto. Categoría de comparación: Alta.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

Ahora bien, ¿qué ocurre al introducir la variable “color de piel”? En la Figura 5 se registra dicho efecto utilizando las categorías previamente descritas de 1=‘Blanco’ y 2=‘No blanco’. Al respecto se advierte que el color de piel asume un efecto significativo (con un nivel de confianza de 0,025) aumentando en un 56,5% las chances de estar desocupado para quienes tiene color de piel no-blanca (controlado por educación, sexo y edad).

Igualmente relevante, asimismo, es el hecho de que el color de piel haya restado significatividad a las categorías de ‘educación’, siendo más relevante la discriminación por aspecto que la educación en la determinación de la diferencia entre las chances de encontrarse desocupado para personas con educación secundaria (nivel medio) en comparación a personas con educación terciaria o universitaria (nivel alto).

Modelo 2 (Aportes a la Seguridad Social)

En segundo lugar, se presenta un modelo para investigar la relación en las chances de encontrarse en una ocupación que no derive aportes a la Seguridad Social (a través del empleador o en forma autónoma). La variable dependiente está definida con los valores 0=‘Tiene aportes’, 1=‘No tiene aportes’ (Figura 4). Según este modelo, las variables edad, sexo y educación son predictores significativos de los chances de estar excluido de la Seguridad Social, destacándose el sexo como factor que duplica dichas chances (1,97 veces para mujeres respecto de varones), y la edad como factor que la disminuye (siendo lo más perjudicados los jóvenes y en menor medida los adultos).

Figura 6. Modelo de regresión logística: no realizar aportes jubilatorios por sexo, edad y educación. Año 2007. n=1575.

	B	S.E.	Wald	Sig.	Exp(B)
Sexo	,679	,120	32,186	.000	1.973
Edad (años)	-,213	,025	71,242	.000	.808
Edad * Edad	,002	,000	55,717	.000	1.002
Educación baja	2,299	,165	194,812	.000	9.965
Educación media	1,245	,145	73,633	.000	3.473
Educación alta ¹			194,820	.000	
Constante	2,436	,526	21,434	.000	11.422
-2 Log Likelihood		1846,724	Predicción Tiene aportes		73,4%
Cox & Snell R2		,176	Predicción No tiene aportes		64,6%
Nagelkerke R2		,236	Predicción General		69,3%

¹: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto. Categoría de comparación: Alta.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

Figura 7. Modelo de regresión logística: no realizar aportes jubilatorios por sexo, edad, educación y color de piel. Año 2007. n=1575.

	B	S.E.	Wald	Sig.	Exp(B)
Sexo	,695	,120	33,365	.000	2.004
Edad (años)	-,218	,025	73,869	.000	.804
Edad * Edad	,002	,000	58,298	.000	1.002
Educación baja	2,156	,171	159,412	.000	8.636
Educación media	1,204	,146	68,066	.000	3.333
Educación alta ¹			159,945	.000	
Color de piel	,385	,129	8,906	.003	1.470
Constante	2,052	,540	14,409	.000	7.780
-2 Log Likelihood		1837,830	Predicción Tiene aportes		76,9%
Cox & Snell R2		,181	Predicción No tiene aportes		60,2%
Nagelkerke R2		,242	Predicción General		69,1%

¹: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto. Categoría de comparación: Alta.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

A continuación, en la Figura 7, al introducir ‘color de piel’ como variable independiente, se advierte que el color de piel vuelve a tener un efecto significativo (con un nivel de confianza de 0,003). Al igual que en la Figura 5 del Modelo 1, se advierte una baja en las distancias por nivel educativo, disminuyendo la distancia en las chances relativas de no realizar aportes de quienes tienen educación baja de 9,965 a 8,636, tomando el color de piel una valor de 1,47. Este resultado puede formularse de modo que es 47% más probable estar en un empleo sin aportes jubilatorio no teniendo color de piel ‘blanco’, controlando por educación, edad y sexo.

Modelo 3 (Ingresos Laborales)

El tercer modelo toma el nivel de ingresos declarados para considerar qué papel tiene el color de piel en su determinación. Para esto, se clasificó a las personas según ingresaban o en 1er cuartil de ingresos (el 25% de personas en la muestra con mayores ingresos), definiéndose la variable dependiente como 0=Pertenece al 1er cuartil, 1=No pertenece al 1er cuartil. Las variables de educación, edad y sexo son consideradas de igual forma que en los modelos precedentes (alta, media, baja; años y años al cuadrado; varón, mujer). En la Figura 8 se observan los resultados del modelo, donde la edad, el sexo y la educación operan como predictores significativos de los chances de no encontrarse en el cuartil de mayores ingresos, siendo tres veces mayor la probabilidad para las mujeres (3,097), y menores las chances a

medida que aumenta la edad (limitándose este beneficio para los mayores como en los modelos anteriores por medio del valor positivo de edad al cuadrado).

Figura 8. Modelo de regresión logística: no ingresar en el 1er cuartil de ingresos por sexo, edad y educación. Año 2007. n=1043.

	B	S,E,	Wald	Sig.	Exp(B)
Sexo	1,130	,184	37,799	.000	3.097
Edad (años)	-,246	,041	35,192	.000	.782
Edad * Edad	,002	,000	27,337	.000	1.002
Educación baja	1,822	,224	65,896	.000	6.182
Educación media	1,058	,192	30,445	.000	2.882
Educación alta ¹			69,352	.000	
Constante	4,480	,871	26,428	.000	88.220
-2 Log Likelihood		955,898	Predicción 1er cuartil de ingresos		64,0%
Cox & Snell R2		,128	Predicción Resto		76,0%
Nagelkerke R2		,196	Predicción General		73,4%

¹: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto. Categoría de comparación: Alta.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

En la Figura 9 se presentan los resultados de introducir en este modelo el color de piel como variable independiente (1='Blanco', 2='No blanco'). Al respecto, se confirma que la misma resulta significativa (Sig. 0,006), aumentando las chances relativas de quedar excluido del primer cuartil de ingresos en un 73,1%.

Figura 9. Modelo de regresión logística: o ingresar en el 1er cuartil de ingresos por sexo, edad, educación y color de piel. Año 2007. n=1043.

	B	S,E,	Wald	Sig.	Exp(B)
Sexo	1,149	,185	38,679	.000	3.154
Edad (años)	-,253	,042	36,452	.000	.776
Edad * Edad	,003	,000	28,801	.000	1.003
Educación baja	1,616	,235	47,287	.000	5.034
Educación media	1,017	,193	27,750	.000	2.764
Educación alta ¹			52,464	.000	
Color de piel	,549	,199	7,602	.006	1.731
Constante	3,936	,896	19,296	.000	51.212
-2 Log Likelihood		947,999	Predicción 1er cuartil de ingresos		69,5%
Cox & Snell R2		,135	Predicción Resto		73,0%
Nagelkerke R2		,207	Predicción General		72,2%

¹: Educación indicada como: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto. Categoría de comparación: Alta.

Fuente: elaboración propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2007.

En todo el grupo de modelos se verifica, al incorporarse el color de piel, una baja en la capacidad explicativa del nivel educativo a favor de la variable incorporada. En este sentido, para los tres indicadores considerados el color de piel se asocia consistentemente a peores condiciones laborales, en términos de mayor dificultad para conseguir trabajo, menos chances de encontrar puestos o inserciones que aseguren aportes jubilatorios y por último, menores ingresos independientemente de la edad, educación y sexo de la persona.

Conclusiones

A modo de conclusión, es posible resaltar el hecho de que las tres subdimensiones investigadas sobre la situación ocupacional de los entrevistados fueron sensibles a variaciones significativas por color de piel. Es decir, que las tres hipótesis planteadas son compatibles con los datos, es decir, que no tener un color de piel ‘blanco’ expone a las personas – independientemente de su nivel educativo, sexo y edad– a condiciones desfavorables en el mercado de trabajo. En este sentido, cabe señalar lo siguiente respecto a las observaciones empíricas desarrolladas:

- En primer lugar, respecto al desempleo los datos por color de piel muestran mayores niveles de exclusión socio-ocupacional en todos los indicadores cuando las personas no tienen color blanco, con valores particularmente adversos en el caso de los jóvenes más educados. En este sentido se observó que la ventaja de color de piel opera de manera relativamente independiente del capital educativo. Es decir, que la educación no viene a igualar las oportunidades en términos de empleabilidad, sino que por el contrario la piel de color “no blanco” suma riesgos de exclusión a cualquiera de las condiciones educativas, de edad y/o sexo)¹⁷.

- En segundo lugar, el menor grado de registración en los empleos señaló el carácter sistemático de la merma en la calidad de los puestos para personas ‘no blancas’. Controlando por edad, nivel educativo y sexo, la regresión logística marcó que la probabilidad de encontrarse en un trabajo sin Seguridad Social era un 47% más alta que siendo blanco. Sobre

¹⁷ Las formas en que estos mecanismos operan en el campo práctico han de ser complejas, y seguramente no se reduzan a la mera discriminación directa sobre ingresantes (por más que esta exista y sea un factor decisivo). Por ser el aspecto una forma de estigma inmediatamente visible, opera en la diversidad de ámbitos que inciden sobre la trayectoria laboral, y son condicionantes de sus resultados tanto los contactos y recomendaciones que se puedan conseguir en la estancia en otros trabajos, pero también en la vida social y educativa previa.

este aspecto, la dificultad de acceder a empleos u ocupaciones registradas supone también la necesidad de compensar por otras vías los servicios que de otro modo estarían dados por la pertenencia al sistema laboral formal (el derecho a una jubilación, la cobertura de salud, el acceso a créditos). Esta realidad implica un doble perjuicio, en términos de menores beneficios directos (en el caso de los asalariados aguinaldos, vacaciones pagas, licencias por enfermedad, indemnizaciones) y mayores cargas a solventar en forma particular.

- Reforzando este último aspecto, se observó que las personas ‘no blancas’, además de tener más dificultades para conseguir trabajos, y de conseguirlos en posiciones de carácter más informal, recibían menores remuneraciones. Tanto en los promedios directos de ingresos para cada uno de los grupos distinguiéndose por color de piel, como en la regresión logística, se observó que incluso a igual nivel educativo (principal predictor de los niveles del ingreso) los resultados para cada grupo de color de piel era marcadamente diferentes. Entre quienes tuvieron algún tipo de estudios terciario o universitario, mientras que los ingresos declarados en la muestra para este nivel educativo fueron en promedio de 1546 pesos, los valores medios para igual nivel educativo de blancos y no blancos fueron aproximadamente de 1600 y 1200 pesos respectivamente.

- Respecto a las limitaciones de este estudio, en términos de construcción estadística resulta un objetivo pendiente profundizar en la evaluación y estandarización de los indicadores fenotípicos para la población de la Argentina, así como en la caracterización de sus relaciones en el ámbito local con los factores que condicionan su captación: dependencias por región, edad, sexo o nivel socioeconómico del entrevistado, así como por atributos semejantes del encuestador. También sería deseable ampliar la captación de los datos a través de atributos fenotípicos que den lugar a niveles diferenciados de segregación y que no remitan exclusivamente al color de piel. En términos de análisis, sería posible también profundizar en la caracterización de la división del trabajo por fenotipo en términos de caracterizar la segregación por ramas de actividad o profesión, buscando captar mecanismos particulares de selección que hacen inaccesibles ciertas posiciones en función del color de piel y otros rasgos físicos.

Como resultado de esta aproximación empírica a la observación y monitoreo de la segregación por color de piel en la Argentina, puede afirmarse que el país parece encontrarse lejos de poder asegurar a sus habitantes condiciones de justas en la participación, desarrollo y

retribuciones en el mercado de trabajo. En este sentido, se trata de un espacio en el que –de fijarse como meta la igualdad derechos– aún queda mucho camino por recorrer.

Bibliografía

- Barbary O., Ramírez H. y Urrea F. (2002). “Identidad y ciudadanía afrocolombiana en la Región Pacífica y Cali: elementos estadísticos y sociológicos para el debate de la “cuestión negra” en Colombia”. *Estudios Afro-Asiáticos*, Año 24, no 3, pp.75-121.
- Barbary O. y Urrea F. (2004). “Metodología de las encuestas”, En *Gente negra en Colombia*. Cali: Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómicas, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, pags. 413 a 421.
- CEPAL (2005). “Pueblos indígenas y afrodescendientes de América Latina y el Caribe: información sociodemográfica para políticas y programas”. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- InfoBae (2003). 18-07-03. “Fiscales investigan si Grondona violó la ley contra la discriminación”.
- Margulis M. y Lewin H. (1999). "Escuela y discriminación social", pags. 197 a 222, en *Margulis, Urresti y otros (1999)*.
- Margulis M., Urresti M. y otros (1999). *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Munilla D. y Goldztein N. (2005). “El Censo argentino entre dos milenios. Presentación de resultados post SEPOSAL 2000”. Presentado en *Seminario de Población y Sociedad en América latina*, Salta – Argentina, 8 al 10 de junio
- OPS (Organización Panamericana de la Salud) (2004). *Manual del usuario de las bases de datos SABE*, Washington, D. C
- Palloni, A. y Peláez M. (2004). *Informe final de la Encuesta sobre Salud, Bienestar y Envejecimiento*, OPS, Washington, D. C.
- Sánchez, E. y García P. (2006). “Los Afrocolombianos”. En Serie *Más Allá de los Promedios: Afrodescendientes en América Latina*, Washington DC: Banco Mundial.
- Sarmiento, D. (1969 [1845]). *Facundo*. Buenos Aires: Losada.
- Valdés, M. (2004). “Reflexiones metodológicas en torno a los censos de 1992-2002 y la cuestión mapuche”. En *Derechos humanos y pueblos indígenas: tendencias internacionales y contexto chileno* (Capítulo IV), José Aylwin. Imprenta Austral, Temuco, Chile. pp. 406-418.
- Villalpando W. (coord.) (2005). *Hacia un plan nacional contra la discriminación: la discriminación en Argentina*, Buenos Aires: INADI.
- Zarini, P. (2004): “La utopía eugenista en la Argentina (1900-1950)”. En *El mosaico argentino: modelos y representaciones del espacio y de la población siglos XIX-XX*, Otero Hernán (Comp.), Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 425-470.